

Montevideo, junio 10, de 1952.

S. de Ibañez
Av. Uruguay 1844
Montevideo - Uruguay

Querida Gabriela Mistral:

Esta carta pudo llegarle a Ud. en cualquier momento. Hace más de veinte años que sus versos viven en el ámbito de mi intimidad. Cuántas ocasiones para hacer a Ud. presente mi agradecimiento por ellos! Y, sin embargo, nunca le he dicho nada. Pero sé bien que Ud. comprende y que no necesita de ninguna explicación. Con estas solas palabras todo el silencio queda anulado y recobrada hacia atrás nuestra amistad antigua e ignorada. Sé que conoce Ud. algunos de mis libros, y le agradezco de corazón la buena acogida que les ha dispensado. Ahí van, ahora, mis últimos versos. Fueron escritos en honor de nuestro héroe nacional. Le envío, también, esas palabras que hace tiempo dije en el salón de actos de nuestra Universidad, y que Ud. ha querido solicitar me. Ellas le mostrarán a Gabriela, tal como yo la siento.

Guardo las líneas que Esther de Cáceres tuvo la gentileza del entregarme, y espero que el gusto de recibir nuevamente sus noticias no me sea negado.

Con profundo afecto la aguarda su vieja admiradora y amiga
Sara de Ibañez

A GABRIELA MISTRAL

Primero escucharla. Y escuchar a Gabriela es como tender el oído a una sinfonía poderosa, a una instrumentación universal.

Sobre esta curva sombría, sobre esta angustia en flor que hace temblar la tierra a cada instante, hay seres de sangre profunda, amargos bebedores de Dios: seres de lengua diáfana que pueden traducir en balbuciente fulgor, en llaga amorosa, fundiendo y recomenzando sus médulas sin reposo, la temible luz. Entre estos apasionados del verbo que se arrancan, gimiendo, la espiga de cada hora, alienta y permanece, armada de savias ilustres, grave y tranquila dueña de sus tempestades, esta mujer de nuestra América esperanzada, capaz, como el océano que combate su fina tierra, del desbocado oleaje, del agrio escollo, del ímpetu ciego que arremolina monstruos y espumas, y de las minuciosas delicadezas que atestiguan el pálido molusco y el alga primorosa.

Escuchad su llanura: se oye el hervor de las germinaciones, el roce de oro, el combate secreto de los estambres. Palpitan los élitros, mueven la menuda hierba los insectillos perezosos, jadean las raíces. Una nota de lánguido verdor sale de los olivos, se mezcla a la jocunda claridad de las viñas, al morado ^{son} de los racimos, y la palpitante maraña armónica sigue el canto central, la melodía de fuego que ondula en la espiga.

Oíd su montaña: el preludio comienza donde el prado inocente remonta, cuajado de corderos, la falda sinuosa en que juegan rumoreando los primeros pedruscos manchados de líquen. El murmullo se empina y crece hasta la punzadura del frío. Viento y nieve, enredados en la geometría invernal, estiran una nota vibrante que acongoja los humildes oídos del trébol y que las venas del hombre reciben con temblor jubiloso. Se hinche lentamente el tumulto musical hasta desgarrarse en una sorda fiesta de ventisqueros, en un riesgoso andar de cumbres.

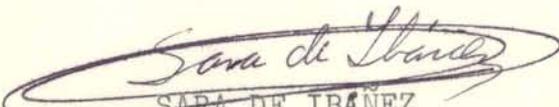
Oíd su corazón: más allá del tallo y la raíz, de la arriscada sombra,

//

más allá de los dulces alientos de la bestia, fuera de las marinas brumadas y habiéndolas, dentro y fuera, en fusión de piedra y rosa, de sementera y nube, su humano polvo estremecido, su sangre, su tierra caliente, acogedora, magistral, su propio corazón derramado sobre los andares hundidos; sobre las borradas actitudes del amor, sobre la divina brasa de los huesos en la tarea del retorno; sobre la juventud del beso caído, los graciosos cuellos vencidos a deshora, las frescas manos destituidas. Estas son las pausas oscuras, los pequeños pozos donde el alma debe ser sostenida por ángeles para prevalecer y seguir escuchando.

Oír, oír la siembra; oír una fuga de potros cristalinos y sentir que se alzan detrás de los cascos perdurables anémonas; oír la cabellera de los niños, el vuelo de sus pies, el ajetreo de sus lenguas inventoras; la brisa desorientada de sus bailes, la ráfaga espinosa de sus llantos; el suspiro, la queja, el grito sin salida, asfixiado bajo la angustia. Y aquí y allá la nube y el insospechado rumor que hace al abrirse un ala de paloma sobre un mirto.

Primero escucharla: tender a su gran voz continental, la sangre poblada de oídos con que es necesario recibir a esta noble Varona de la palabra transparente, que difunde con suave y electa mano su copioso laurel sobre los Andes, sobre los océanos, sobre la fuerte madrugada de nuestra América.


SARA DE IBÁÑEZ

(Leído en el salón de actos públicos de la Universidad, el 30 de noviembre de 1945).